

Las insólitas aventuras de las hermanas Shergill

Balli Kaur
Jaswal

AMOK
EDICIONES

Las insólitas aventuras de las hermanas Shergill

Título original: *The Unlikely Adventures of the Shergill Sisters*

© 2019, Balli Kaur Jaswal

© 2023, Amok Ediciones por acuerdo con Johnson & Alcock Ltd.

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, febrero de 2023

© 2022, Marta Vázquez Heredia, por la traducción

Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvín para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-12-5

Depósito legal: M-30298-2022

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Asber

Prólogo

Mis queridos hijos:

Si estáis leyendo esto, ya sabéis que finalmente ha llegado mi hora. Espero que nuestros últimos momentos juntos hayan sido tranquilos, y que haya podido deciros a cada uno cuánto os quiero. Si no ha sido así, quiero que sepáis lo mucho que habéis enriquecido mi vida, y lo orgullosa que estoy de los tres y del camino que habéis seguido cada uno en este mundo. Me siento afortunada por haber sido testigo de vuestros triunfos y desafíos, de vuestras penas y alegrías. Al guiaros desde la infancia hasta la madurez he podido vivir la vida una y otra vez. Con vosotros he visto muchos mundos diferentes durante mi breve estancia en este universo.

Tendréis que ocuparos de algunos asuntos relacionados con el testamento y la herencia, claro, pero eso vendrá después. Los abogados os informarán sobre el reparto de las propiedades y las acciones cuando terminen las demás formalidades. Si queréis conocer antes los detalles, tenéis todo en el sobre adjunto.

Por favor, cuidaos mucho y cuidaos entre vosotros. Procurad sacar tiempo para estar juntos y enriquecer vuestra relación familiar, no lo dejéis solo para las ocasiones especiales. He aprendido que lo más importante en la vida es mostrar afecto a nuestros seres queridos, recordadlo: ¡es lo más importante de todo!

Esa era la carta que Sita Kaur Shergill escuchó dictar por teléfono a la anciana que ocupaba la otra cama. La voz se le quebraba y a

veces se interrumpía para suspirar o sorber por la nariz. Sita bajó el volumen de la televisión para enterarse de la parte de los abogados, quería saber qué les dejaba esa mujer a sus hijos, pero el sobre adjunto al que se refería estaba al otro lado de la mampara de separación. Conocía de vista a los hijos porque visitaban con frecuencia a su madre; eran dos hombres de mediana edad (que debían ser gemelos, aunque con una alimentación muy diferente), y una mujer rubia muy guapa que siempre repetía las mismas palabras de consuelo: «Estamos aquí, mamá. Estamos aquí». Solían llegar por separado, pero se marchaban juntos, poniéndose la mano en el hombro unos a otros y comentando lo difícil que era aparcar allí o lo malo que era el café de la cafetería del hospital.

Sita pulsó el timbre para llamar a la enfermera y le pidió que le llevase un bolígrafo y un trozo de papel. Aún era temprano, faltaba mucho para que llegasen las visitas, no había mejor hora para pensar en morir. A pesar de la morfina, el dolor le atenazaba el cuerpo irradiando como una vibración desde los huesos de los dedos de los pies hasta las sienes, y siempre estaba ahí: insinuándose en los márgenes de su percepción los mejores días y estrujando como una bayeta su debilitado cuerpo los peores. Ese día se encontraba con suficientes fuerzas para estar sentada; la carta de su compañera de habitación la había motivado y, por algún tipo de milagro, las enfermeras la atendieron enseguida.

«Mis queridas hijas:», empezó a escribir, pero se detuvo frunciendo el ceño: ella nunca se dirigía a sus hijas como «queridas». Tachó el encabezamiento y empezó otra vez: «Rajni, Jezmeen y Shirina:». Mejor así, simplemente exigía su atención. Cuando eran niñas, ella se acercaba al principio de las escaleras y gritaba los tres nombres aunque solo quisiera que bajase una de ellas, porque mientras llegaban siempre se le ocurría algún quehacer para las otras dos. Aunque solo le funcionó una temporada, porque luego Jezmeen empezó a responder: «¿Cuál de nosotras en particular?».

Rajni, Jezmeen y Shirina:

A estas alturas estoy muerta. Menos mal, porque ya estoy harta de esta vida espantosa, de tanto trabajo y sufrimiento, y de tratar de

cuidar de mí misma sin tener ninguna puñetera razón para hacerlo. Disfrutad de vuestra salud mientras la tengáis porque cuando el cuerpo os traicione, nada en el mundo podrá compensar esa pérdida.

No, no podía despedirse de ellas así, era demasiada franqueza; si esas fuesen sus últimas palabras, sus hijas nunca la perdonarían. Dobló el papel, lo dejó en la mesa auxiliar con el bolígrafo encima y cerró los ojos. ¿Cómo quería que la recordasen? Había sido esposa, madre, viuda y abuela. En los funerales sijs no se pronuncian discursos, así que sus hijas no tendrían que romperse la cabeza para hacer una lista de sus escasos logros. Algunos días creía saber cuál de ellas sería la menos amable al recordarla, y los días mejores se decía a sí misma que las tres estarían de acuerdo al menos en que ella lo había hecho lo mejor que había podido.

Sita pulsó el timbre para llamar de nuevo a las enfermeras, y pasó un buen rato hasta que la atendieron. Esta vez era la chica flaca que llevaba tatuajes y la mitad de la cabeza rapada. No era tan simpática como la enfermera jamaicana, que solía apretarle la mano diciéndole: «Que descanse», pero sonrió cuando Sita le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete —le dijo.

La chica tenía líneas en zigzag trazadas con cuchilla de afeitar en los lados de la cabeza, observó Sita, y se preguntó si habría hombres que encontrasen atractivas esas cosas.

—¿Has estado en la India alguna vez? —le preguntó.

—No, ojalá —se lamentó la enfermera, y a Sita eso le gustó.

—Si tu madre te pidiese que hicieras algo por ella, fuese lo que fuese, ¿lo harías? —le preguntó.

La enfermera empujó la mesa auxiliar hasta debajo de la cama de Sita para poder estirar la manta que se le había enrollado en las piernas, y le rascó cariñosamente los nudillos de los dedos de los pies.

—Claro que lo haría —respondió—. Dígame, ¿necesita usted algo? Porque yo...

—¿Cuál es tú religión? —le preguntó Sita.

La chica la miró entornando los ojos:

—Me parece que esa pregunta es demasiado personal.

Sita frunció el ceño, por algo le gustaba más la enfermera jamaicana. Entonces se fijó en la pequeña cruz de oro que llevaba al cuello y le asomaba por el escote del uniforme al inclinarse.

—Ay, Señor —musitó la chica enderezándose con las manos en la espalda; debía estar cansada después del largo turno de noche.

—¿Me acercas el bolígrafo y el papel, por favor? —le pidió Sita.

La chica hizo ademán de abrir el cajón de la cómoda que había junto a la cama, y a Sita le dio un vuelco el corazón. «¡Ahí no!», pensó.

—¡Está allí! ¡En la mesa! —le gritó señalando la mesa que ya no podía alcanzar. Aunque seguramente no iba a robarle el joyero de tela que guardaba entre el libro de oraciones y el cargador del teléfono, había vivido lo suficiente para saber que siempre era preferible tomar precauciones.

La chica colocó la mesa donde estaba y se marchó; Sita se imaginó que iría a quejarse a las otras enfermeras y a decirles que tenían razón: que la vieja señora Shergill tendría que palmarla de una vez. La semana anterior, Rajni había irrumpido en la sala de enfermeras para echarles la bronca por dejar a Sita tiritando de frío durante un tremendo ataque de dolor. «Me da igual que ya tenga una manta, ¡ponedle otra!», les había dicho Rajni casi gritando. Sita se lo agradeció tanto que se le saltaron las lágrimas, aunque también habría reprendido a su hija por organizar una escena.

Empezó a notar el dolor anunciándose otra vez y se dio cuenta de que iba a ser uno de esos días malos. Sus hijas irían a verla por la tarde, y esperaba que fuesen las tres porque Rajni había avisado a Shirina para que cogiese un avión enseguida. Parecía que Sita tenía los días contados, y debía escribir esa carta antes de quedarse sin fuerzas.

Rajni, Jezmeen y Shirina:

Si hacéis memoria, recordaréis que cuando me diagnosticaron el cáncer yo quería hacer una peregrinación por la India para rendir homenaje a nuestros grandes gurús y seguir sus enseñanzas. Vosotras y los médicos me convencisteis de que no era buena idea, porque ya estaba muy delicada de salud, pero sigo pensando que aunque no hubiera mejorado mi estado físico, habría enriquecido mi espíritu.

Aquí os adjunto una lista de los lugares que me gustaría que visitaseis por mí cuando me marche, están en Delhi, Amritsar y más allá. Es un viaje de una semana, tenéis que ir juntas y hacer todo lo que os pido: primero *seva*, el voluntariado sirviendo a otros para conservar vuestra humildad; luego el baño ritual en el *sarovar*¹, para limpiar y proteger de padecimientos vuestras almas, y al final recorrer el camino hasta la cima de la espiritualidad, para sentir aprecio por ese cuerpo que es vuestro vehículo en esta vida. También me gustaría que mis cenizas se esparcieran en la India. Además, hay cosas que quiero que hagáis en otros sitios, porque yo ya no podré hacerlas y me gustaban mucho, aunque eran placeres sencillos, como ver salir el sol desde la Puerta de la India y cenar todas juntas en algún pequeño restaurante. En la página siguiente os indico el itinerario con todos los detalles. Por favor, haced esto por mí. Será una manera de completar mi viaje en este mundo y de continuar los vuestros.

Os quiero.

VUESTRA MADRE, SITA KAUR SHERGILL.

Mientras repasaba la carta, a Sita se le empezó a nublar la vista. Ya estaba ahí, esa sensación de quemadura atroz en todos los huesos. Cerró los ojos apretando fuerte los párpados y se agarró a los lados del colchón. Las enfermeras solo podían administrarle cierta cantidad de morfina al día, y las dosis autorizadas no conseguían acabar con el dolor. Sita se imaginó a sus hijas diciendo: «Estamos aquí, mamá. Estamos aquí», igual que la mujer rubia. Al leer la carta se mirarían entre lágrimas y se agarrarían de las manos, unidas por una vez.

Cuando terminó el ataque de dolor, Sita volvió a coger el bolígrafo y le dio la vuelta a la hoja para detallar el itinerario. El sufrimiento enseguida dio paso a la nostalgia: se acordaba de su vida en la India con más claridad que nunca. Un experto en cuidados paliativos llamado Russ que la había visitado la semana anterior le había dicho

¹ En el sijismo, el *sarovar* es el estanque o la fuente de agua sagrada que forma parte de los templos. (*N. de la T.*)

que era frecuente recordar vívidamente el pasado cuando faltaba poco tiempo para morir. «Considérelo como una transición —le había dicho Russ—. Usted está terminando una etapa y empezando otra». Recordando esas palabras, Sita pensó en el viaje de sus hijas a la India; insistiría en que lo hicieran, nada de excusas ni de hacerlo a medias. Le confortaba saber que mientras sus hijas volvían a sus orígenes, ella estaría ocupada conociendo el más allá. No sabía cuánto tiempo tardaría en acostumbrarse al nuevo entorno, en hacer amigos o en averiguar cómo funcionaba la cafetera. ¿Y si Devinder también hubiera acabado en ese otro lugar? Habían pasado varias décadas desde el fallecimiento de su marido y tenía muchas cosas que contarle, pero antes le iba a regañar por haberse ido tan de repente.

Los recuerdos y los pensamientos sobre los primeros años de su matrimonio se agolparon en su mente atenuando el dolor hasta reducirlo a una molesta presión en la zona del pecho. Fueron tiempos caóticos, estaba aprendiendo a ser esposa, a ser madre y a llevar una casa mientras se ajustaba a la vida en otro país. Y cuando había conseguido que todo marchase bien, falleció su marido. La familia de Sita solo había estado completa durante una pequeña fracción de su vida. Anotó otras paradas en el itinerario. Habían pasado casi treinta años desde su último viaje a la India. Cuando Russ le habló de las etapas del duelo, decía que algunas personas sentían un intenso deseo de retroceder en el tiempo. Aunque Sita se enorgullecía de ser demasiado pragmática para desear cosas imposibles, esperaba que sus hijas encontrasen la India como ella la había dejado.

Había algo más que quería decirles a sus hijas; era una especie de confesión, algo que había decidido hacer después de hablar con Russ. Tendría que encontrar un momento adecuado para decírselo, no estaría bien ponerlo por escrito, tendría que bajar la voz para obligar a sus hijas a acercarse..., aunque al principio no le harían caso, por supuesto. «Mamá, no seas tonta», diría Rajni o quizá Shirina. «Será una broma, ¿verdad?», eso lo diría Jezmeen porque para ella nada era real, ni siquiera junto al lecho de muerte de alguien. Luego empezarían a protestar, le dirían que no sabía lo que decía. Eso era lo más frustrante de su estado terminal: todos creían que el miedo le nublabla el entendimiento, que tenía una necesidad angustiosa de

aferrarse a la vida. Pero ella pensaba que la muerte es la mayor certeza que hay en este mundo; para demostrar a sus hijas que hablaba en serio, les pediría que abriesen el cajón y sacasen el joyero. «Mirad lo que hay dentro —les diría—. Y ahora, por favor, no discutáis con vuestra madre».

Capítulo Uno

Sería preferible que hicieseis este viaje a la India en una estación más fresca pero, como Rajni solo puede viajar durante las vacaciones del colegio, tendréis que ir en julio o agosto. Reservad los billetes de avión y los hoteles cuanto antes; ya sé que hace más de veinte años de mi último viaje a la India, pero salió muy caro reservarlo todo a última hora.

Rajni no era propensa a los desvanecimientos, pero Anil acababa de decirles que tenía novia, y estaba pensando seriamente en fingir un desmayo. Decidió no hacerlo porque sabía que en el último segundo no podría evitar frenar la caída con los brazos, y nadie tomaba en serio a una mujer que dramatizase tanto. Fingir un desmayo: ja, ja.

Se quedó mirando a Anil y ocupando su mente en operaciones sencillas:

$$36 - 18 = 18$$

La novia de Anil era 18 años mayor que él.

$$36 \div 18 = 2$$

La novia de Anil tenía justo el doble de años que él.

$$43 - 36 = 7$$

La novia de Anil solo era siete años más joven que Rajni.

Ese último dato la mareó un poco, y el penetrante olor de los restos del pescado tampoco ayudaba. Para cenar había preparado tres filetes de salmón por su alto contenido de omega-3, que supuestamente

prolongaba la vida hasta los cien años. La novia de Anil... ¿Conocería las ventajas nutricionales de los omega-3? Seguro que no.

—Mamá, venga, por favor —dijo Anil. Rajni solo consiguió negar con la cabeza. «No, no y no», pensó. Se suponía que iba a ser una noche especial, su última cena juntos antes de que ella se marchase a la India. Si Anil había elegido esa ocasión para hablarles de esa chica tenía que ser porque era algo serio..., eso, una novia. Alguien que la llamaría señora Chadha, y cuyos padres mirarían a Anil con suspicacia, claro, hasta que se los ganara con buenos modales y llevando las uñas limpias.

Anil recurrió a Kabir.

—¡Papá! —dijo con un tono de desesperación que reveló a Rajni que ellos ya habían hablado del asunto sin contárselo. Kabir tenía cara de culpabilidad; miró un instante a Rajni y apartó la vista.

—Tú ya lo sabías, ¿verdad? —le preguntó Rajni a su esposo—. ¿Desde cuándo?

Kabir tenía los labios tan finos que casi desaparecían cuando estaba disgustado.

—Vino a verme esta mañana. Tú estabas preparando el equipaje y no he querido molestarte —le dijo.

Era la hora de cenar, había pasado un día entero desde esa mañana.

Rajni se dirigió a Kabir mirándole como solía mirar a los alumnos revoltosos que enviaban a su despacho:

—¿Y a ti qué te parece? ¿Te importaría decirme tu opinión?

—Pues me preocupa, naturalmente, pero Anil ya es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones.

—¿Te preocupa? ¿Como te preocupa la anciana señora Willis cuando la oyes esforzándose para sacar el cubo de la basura? Estamos hablando de nuestro hijo, Kabir. ¡Hace nada que ha terminado el bachillerato, y ahora nos dice que se quiere ir a vivir con una mujer que le dobla la edad! —Rajni se preguntaba dónde habría conocido Anil a una mujer de treinta y seis, y tuvo un pensamiento horrible—: No será una de tus profesoras, ¿verdad?

—Por Dios, no —dijo Anil. Rajni dejó escapar un suspiro dando gracias a Dios, porque siempre le había inquietado Cass Finchley, una de las profesoras de música, que se movía de una

forma demasiado insinuante junto a la pista de baile cuando vigilaba las fiestas en el instituto.

Kabir se aclaró la garganta:

—Anil, tu madre y yo sabemos que tienes por delante un brillante futuro. No queremos que pierdas el tiempo ni te distraigas tonteando.

—No estamos tonteando —dijo Anil—. Los dos vamos en serio.

—Eso es lo que sientes ahora, pero yo sé que luego habrá problemas, hijo mío. —Rajni solía conmovirse cuando Kabir llamaba «hijo mío» a Anil, le parecía anticuado y encantador, y al oírlo se le caldeaba el corazón, pero acababa de decirlo como si no significara nada.

—Nada de lo que diga os va a contentar, ¿verdad? —dijo Anil.

—¿Nada? —repitió Rajni.

Anil se encogió de hombros.

—Somos del mismo ambiente cultural; nos entendemos muy bien. La gente siempre dice que eso es lo principal.

—Sois de generaciones totalmente distintas. ¡Ella es una mujer adulta y tú un muchacho! Es como si fuerais de distintos planetas.

—Nada —concluyó Anil en tono cortante.

Cuando apretaba así la mandíbula se parecía tanto a Kabir que Rajni pensó en suspender la discusión y correr a buscar la cámara. Dicen que siempre se hacen más fotos del primogénito que de los hijos siguientes, pero Anil era su único hijo y había documentado todas las etapas de su vida sin pensar en la desigualdad entre hermanos. Su casa parecía un santuario dedicado a su infancia: había fotos de Anil y dibujos hechos con los dedos por todas partes, y en la pared del salón conservaba las marcas de lápiz que reflejaban su crecimiento a lo largo de los años.

Las crisis sobre el futuro de Anil se estaban convirtiendo en un hito anual. La discusión del verano anterior fue porque había decidido que iba a dejar los estudios cuando terminase el bachillerato en vez de matricularse en la universidad. «Es que hoy día no te enseñan nada que no puedas aprender tú mismo en internet, ¿sabes?», les dijo Anil con una certeza que irritó tanto a Rajni que se marchó de la habitación. Cuando volvió, Kabir le dijo que hablaría con él para que entrase en razón. Aquello duró meses, pero al final llegaron a un compromiso: Anil se matricularía en la universidad

después de tomarse un año sabático. Se suponía que iba a buscar trabajo (sus padres creían que así comprobaría las desventajas de no tener un título), pero después murió su abuela, y le dejó una pequeña herencia que había convertido el año sabático en unas vacaciones pagadas.

—Piensa un momento en lo que te estoy diciendo, Anil —dijo Kabir—. Ella está en una edad en la que seguramente querrá comprometerse.

—Por eso pensamos irnos a vivir juntos.

—Pero ¿tú te das cuenta de lo que implica eso? De lo que implica para ella, quiero decir.

Anil apoyó las manos en el respaldo de la silla que tenía delante. Su revelación les había hecho levantarse de la mesa dejando la cena a medias. Rajni volvió a notar el olor del salmón, así que recogió los platos y los llevó a la cocina.

—Yo sé muy bien lo que quiere Davina —siguió diciendo Anil.

Mientras tiraba los restos a la basura, la asaltó la imagen de su hijo retozando en la cama con una mujer experimentada. «No sigas», le ordenó a su mente, y paseó la mirada por la cocina buscando algo en lo que centrar la atención. En la encimera estaba el folleto que los testigos de Jehová le habían dado la noche anterior. Eran muy pesados pero, con esas mejillas tan blancas y esas camisas almidonadas abrochadas hasta el cuello, ella era incapaz de darles con la puerta en las narices. «Ahora mismo estoy ocupada, pero si quieren pueden dejarme algo para que lo lea más tarde», les había dicho para compensar su falta de interés en la salvación, aunque el folleto no tardaría en encontrar el camino de la papelera. «Pronto acabará el sufrimiento», decía el título sobre la foto de un cuadro con un prado verde y soleado. Rajni pensó que debía ser agradable tener tanta certeza, y las palabras la aliviaron unos instantes, pero enseguida volvió a la realidad.

—Lo que busca una mujer en esa etapa de la vida es una pareja estable —le estaba diciendo Kabir a Anil.

—Ya os he dicho que vamos en serio, papá.

—Hijo, escúchame un momento. Lo que digo es que Davina, seguramente, tendrá unas expectativas más amplias, permanentes a largo plazo.

Rajni se apresuró a volver al comedor.

—¡Se te acaba el tiempo! —gritó sobresaltándolos—. Es lo que le dice todo el mundo a una mujer de treinta años, tanto si quiere tener hijos como si no: tienes que tener un hijo antes de que sea demasiado tarde. —En su caso le decían: «Tienes que tener otro, no vas a tener uno solo, ¿verdad? ¡Completa lo que has empezado! Dale un hermano al pobre chico». Como si Kabir y ella no lo hubieran intentado e intentado hasta que el sexo se convirtió en otra rutina doméstica, como poner la lavadora o pagar el recibo del agua.

—Exacto —dijo Kabir—. Las presiones sociales son mucho peores de lo que te imaginas, Anil, sobre todo para los adultos.

—Oye, el único que me está presionando eres tú. Davina y yo estamos muy bien juntos.

—Entonces, ¿te parecería bien si ella quisiera tener un niño mañana? ¿Renunciarías a todos esos viajes y dejarías de salir por la noche con tus amigos? —le preguntó Kabir.

«Eso debe inquietarle», pensó Rajni al ver que Anil parecía más incómodo de repente. Ya había planeado sus vacaciones por Europa, pensaba ir a esquiar a Bulgaria, recorrer las islas griegas y hacer Dios sabe qué en Ámsterdam.

—Claro que sí. Voy a renunciar a todo eso —dijo Anil en voz baja, y agarró el respaldo de la silla.

Se hizo un silencio en la habitación. Anil se mordió el labio inferior y bajó la mirada hacia sus manos; tenía los nudillos blancos.

Kabir lo miró fijamente

—¿Qué has dicho?

—Que voy a renunciar a todo eso por ella —repitió Anil.

—Hijo...

—Mamá, papá, no es para tanto, ¿vale? Tenéis que prometerme que no os vais a alterar.

Las paredes de la habitación empezaron a desvanecerse y el suelo se inclinó un poco. Rajni escuchó a Kabir diciendo suavemente:

—Vale, lo prometemos, ¿qué ocurre?

—Davina está embarazada —dijo Anil.

Y entonces Rajni se desmayó.

La clienta había visto en internet que el colorete de color bronce servía para afinar el rostro y parecer más delgada.

—La chica se pasa esta brocha por la cara y, de repente, tiene pómulos —dijo entusiasmada.

—Esos vídeos son muy útiles, hay muchos consejos interesantes —coincidió Jezmeen. Y lo cierto es que resultaban muy útiles para alguien como ella, que trabajaba de maquilladora sin tener experiencia profesional. Cuando la despidieron de su trabajo de presentadora en el programa de televisión *DesastreTube*, una de las maquilladoras del estudio le había hablado de ese empleo. Era algo temporal, se decía todo el tiempo a sí misma. Todo se iba a solucionar, y encontraría pronto otro trabajo de actriz. La última vez que Jezmeen había mirado las cifras en internet, su vídeo llevaba 788 visualizaciones. Estaba claro que no se había hecho viral, pero su agente, Cameron, creía que todavía tenían que esperar.

«Procura volar bajo. Espera hasta que pase el chaparrón», le había aconsejado Cameron, que intentaba animarla con una colección interminable de frases hechas. Otra de sus favoritas era: «Tómate un tiempo para ti», y se traducían aproximadamente así: «Acepta la oferta de trabajo menos humillante que encuentres mientras esperamos a que las masas anónimas de internet decidan tu destino».

—Entonces, ¿me vas a poner el iluminador? —le preguntó Stella.

—Tengo otros planes para usted —respondió Jezmeen en tono cariñoso. Lo primero sería encontrar una base más adecuada para el tono de piel de Stella, porque su maquillaje en ese momento, en lugar de «resplandor juvenil», parecía «socarrado bajo rayos UVA».

Jezmeen empezó a desmaquillar a Stella y, al pasarle la toallita por las mejillas, tuvo una intensa sensación de *déjà vu* que la llevó primero a tiempos lejanos, cuando su hermana Rajni solía maquillarla mientras ella intentaba permanecer quieta y no girarse para verse en el espejo, y luego a un pasado más reciente: cuando Jezmeen estuvo desmaquillando a su madre el día de la boda de Shirina. La maquilladora había elegido un color morado muy llamativo para la sombra de ojos, y le pintó una raya negra gruesa como una tiza en los párpados. Cuando se vio, su madre se quedó horrorizada. «Yo no puedo presentarme así en el templo —dijo

respirando hondo—. La gente dirá que...», y dejó la frase sin terminar, como siempre: ya era lo bastante grave que la gente dijera algo. «Jezmeen, tráeme unas toallitas», le ordenó. Mientras ayudaba a su madre a retirar el maquillaje Jezmeen se había fijado en la flaccidez de sus mejillas y en los pliegues de sus párpados, y se juró a sí misma que no se haría vieja.

El teléfono de Jezmeen vibró con un zumbido sobre el mostrador.

—Perdone, Stella —dijo Jezmeen, girándose para ver la pantalla. Era un mensaje de Rajni y decidió ignorarlo, pensó que estaría agobiada por el viaje y quería saber si sus hermanas se habían vacunado del tétanos o alguna tontería semejante.

—Le voy a poner esta base —dijo Jezmeen, y le enseñó el envase—. Da un resultado estupendo, mantiene el maquillaje mucho más tiempo. —Su teléfono volvió a vibrar.

—Disculpe —dijo Jezmeen, y frunció el ceño mirando hacia el teléfono.

—Descuida, cariño. Seguro que tu novio está preocupado por ti —le dijo Stella.

«¡Ja! Eso estaría bien», pensó Jezmeen, tener un novio preocupado o simplemente un novio. Su última relación había terminado mucho peor de lo que Stella se podría imaginar.

—Ah, no. En realidad es mi hermana —le dijo—. Nos vamos de viaje a la India, salimos el miércoles, y seguramente querrá recordarme que lleve protector solar o algo así.

—¡Te vas de vacaciones! ¿Vais las dos solas?

—Vamos las tres. Hemos quedado allí con nuestra hermana pequeña, que vive en Australia.

—¡Eso es estupendo! —dijo Stella.

La gente siempre decía lo mismo cuando Jezmeen contaba que tenía dos hermanas. Estupendo: alegres meriendas y largas conversaciones, una especie de vínculo indestructible. Stella le sonreía feliz, así que Jezmeen decidió no comentar sus temores sobre el viaje con la engreída de Rajni y con Shirina, tan perfecta que era irritante.

—Es una peregrinación que hacemos en memoria de nuestra madre, que falleció en noviembre —le explicó—. Vamos a esparcir allí sus cenizas.

—¡Ay, eso es precioso! ¡Qué gran homenaje! —exclamó Stella agarrándole la mano.

Jezmeen supuso que Stella se estaría imaginando a tres hijas obedientes vestidas con túnicas blancas idénticas, caminando solemnes y turnándose para llevar la urna con las cenizas por un brumoso camino de montaña. Otro error. Las peregrinaciones a lugares sagrados no eran preceptivas en su religión (había estado investigando un poco sobre el sijismo en internet, y le había enviado a Rajni todos los enlaces como parte de su campaña permanente contra todo lo que su hermana mayor quería que hicieran). Pero su madre había recurrido a todo tipo de remedios espirituales cuando fracasaron los tratamientos oncológicos, aunque ya estaba demasiado débil para visitar los santuarios y realizar los rituales por última vez, por eso les había encargado a sus hijas que lo hicieran por ella. Jezmeen había visto que algunos puntos del itinerario solo servían para que pasasen un rato las tres juntas, y estaba segura de que su madre los había incluido porque sabía que de otro modo no lo harían. Pensaba que si les había pedido que hicieran el viaje, más que por razones espirituales, era para obligarlas a viajar juntas.

Entonces sonó el tono de llamada del teléfono de Jezmeen.

—Hay que joderse —murmuró.

—Atiende la llamada, cariño. Puede que sea importante.

—Gracias, Stella —dijo Jezmeen, y cogió el teléfono—. Rajni, estoy trabajando.

—¿Has visto mis mensajes? Vas a tener que ir por tu cuenta al aeropuerto, me ha surgido algo y... Tengo cosas que hacer. Me va a llevar Kabir directamente.

—Vale, ¿algo más?

—Sí —Rajni dudó un instante—. ¿A qué hora vas a salir de casa?

—Estaré en Heathrow dos horas antes de la salida del vuelo, Rajni, no te preocupes.

—¿Aún estás en el trabajo?

—Sí, y tengo que seguir trabajando, te dejo. ¡Adiós!

Rajni había empezado a decir algo cuando Jezmeen colgó. Silenció el teléfono, y se giró de nuevo hacia Stella.

—Verá, voy a utilizar dos correctores porque tenemos que trabajar sobre irregularidades de distinto tono.

—¿Tengo que mezclarlos? —preguntó Stella.

—No, vamos a usar este para los párpados inferiores y este otro en las manchas de la barbilla. —Jezmeen le enseñó los tubos. Mientras Stella los examinaba, Jezmeen miró hacia el teléfono con una sensación rara. No entendía por qué tanta urgencia, ni qué le importaba a Rajni que aún estuviera en el trabajo, si no se iban hasta el jueves.

—Tendré que apuntarlo —dijo Stella revolviendo en su bolso—, porque seguro que me olvido de cuál va en cada sitio.

—Aquí tiene —dijo Jezmeen ofreciéndole un lápiz y una tarjeta con el dibujo de una cara—. Haga una señal a la altura de los ojos y apunte: Nude Secret 19.

Stella tenía una caligrafía muy esmerada.

—Me has tratado muy bien, eres encantadora, ¿te lo han dicho alguna vez?

Jezmeen sonrió sorprendida.

—Gracias.

—Tienes que darme tu tarjeta. ¿Trabajas a domicilio también? Mi hija está buscando una buena maquilladora para su boda. Es el año que viene, en primavera, pero las mejores profesionales enseguida tienen la agenda completa.

La sonrisa de Jezmeen se desvaneció. ¡La próxima primavera! El estómago se le encogió al pensar en seguir trabajando todavía en un centro de maquillaje. No, imposible. Solo estaba «tomándose un tiempo para sí misma», tenía que volar bajo hasta que pasara el chaparrón; la gente seguiría con su vida y se olvidarían. Aunque Cameron decía que el problema no era ella únicamente. «El motivo principal es que hay muy pocos papeles para actrices de origen indio —le había explicado—. Y los directores, cuando se arriesgan con gente nueva, no quieren a nadie que tenga mala prensa. En este momento tienes bastantes cosas en contra». Y también estaba Polly Mishra, aunque Cameron no la mencionó porque a Jezmeen la frustraban las comparaciones con esa actriz de origen indio que había eclipsado su carrera en cuanto apareció en escena.

Mientras Stella anotaba los datos en la tarjeta, Jezmeen echó un vistazo al teléfono; en los últimos dos minutos tenía tres llamadas perdidas de Rajni y un mensaje:

«¿Sabes que el vuelo es esta noche, ¿verdad?».

A Jezmeen se le paró el corazón, y casi se le cae el teléfono. Respondió a Rajni:

«Sí, claro que lo sé. Estoy terminando ya, voy directamente desde el trabajo».

Se preguntó cómo demonios había ocurrido algo así, porque estaba convencida de que salían el jueves, no el martes. Recordaba vagamente haber hablado con su hermana sobre un vuelo más barato que había el jueves. «Ese sale a las dos de la mañana —había dicho Rajni, y luego añadió—: Bueno, creo que está bien». Jezmeen había notado algo en su tono que la molestó, y por eso le respondió: «Hay quien no tiene vacaciones pagadas, ya sabes». Y al final resultaba que Rajni había reservado el vuelo del martes.

¿Por qué había creído que aceptaba su sugerencia? Pensó que sería cosa de su imaginación, porque a veces se imaginaba conversaciones enteras con ella, y con su madre también lo hacía: era mucho más sencillo que discutir a gritos. Jezmeen siempre resultaba vencedora en esas discusiones imaginarias, la otra persona se disculpaba y a veces incluso suplicaba su perdón. Pero estaba claro que se marchaban esa noche. ¡Esa misma noche! Tenía que avisar enseguida a la encargada y decirle que le había surgido algo: eso se podía considerar una emergencia familiar.

—¿Cómo se llama la base? —le preguntó Stella.

—Simplemente base —respondió Jezmeen. «Mierda, mierda, mierda», pensó. Ni siquiera sabía dónde tenía guardada la maleta.

—Vaya por Dios —murmuró Stella al perforar sin querer la tarjeta con la punta del lápiz.

Eso mismo pensaba Jezmeen: «Vaya por Dios».

En el aeropuerto de Melbourne, un numeroso grupo de gente despedía a una pareja de ancianos indios. Shirina los observaba moverse como un enjambre de abejas alrededor de la puerta de embarque.

—¿Tú qué crees, que regresan a su casa o que van de visita? —preguntó.

Sehaj se encogió de hombros.

—Da igual, tienen que pasar por la misma puerta de embarque.

Estaba distraído con el teléfono. Shirina miró la pantalla: cifras y gráficos. «Cosas del trabajo», murmuraría él si le preguntaba qué le tenía tan ocupado.

—Yo diría que van de visita. ¿A ti qué te parece? —le preguntó otra vez Shirina, mirando atentamente a la familia india.

—Ni idea —murmuró Sehaj.

—Es por hablar de algo —dijo Shirina.

Sehaj pareció volver al presente; guardó el teléfono y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Perdóname —murmuró apretando los labios contra su sien.

Shirina apoyó la cabeza contra el pecho de su esposo. En medio del jaleo del aeropuerto, por fin tenía un momento de intimidad antes del viaje. Los últimos días habían estado plagados de silencios tensos. Cerró los ojos. La camisa de Sehaj olía a una mezcla de colonia y el suavizante que su suegra le había recomendado. Su vida de casada olía a sábanas planchadas, era lo primero que había notado cuando se trasladó a la casa familiar de su marido. Sehaj empezó a acariciarle el pelo; Shirina temía que se le saltaran las lágrimas, por eso se giró, apartándose de él, y en ese instante algo le aplastó un pie.

—¡Ay! —exclamó retirando el pie. Era una maleta, y la mujer que la arrastraba ni se dio cuenta, iba corriendo hacia la puerta de embarque con unos tacones de aguja que parecían apuñalar el suelo a cada paso.

—Yo diría que viven aquí y que solo van de vacaciones —dijo Sehaj, señalando con la cabeza a la pareja de ancianos—. La familia está demasiado contenta.

—¿Entonces por qué iban a venir todos sus hijos y nietos a despedirles? —dijo Shirina.

—Quizá sea un viaje largo —dijo Sehaj—. Puede que tengan una casa allí y vayan a pasar unos meses.

Esos meses eran los que más apetecía pasar fuera de Melbourne, desde luego: el cielo estaba siempre cubierto de nubes, hacía frío y llovía todos los días. En Inglaterra nadie se imaginaba que en Australia hiciese frío, y Shirina tampoco hasta que se casó con Sehaj y se fue a vivir allí. Ahora, cuando escuchaba las noticias sobre las olas de calor que padecía Europa en julio, Shirina miraba por la

ventana las calles mojadas y los árboles inclinándose bajo el fuerte viento y pensaba: «¿Pero cómo puede ser?».

—Y esos, ¿qué te parecen? —le preguntó Sehaj señalando con la cabeza a dos hombres jóvenes—. ¿Hermanos? ¿Buenos amigos?

—Buenos amigos —dijo Shirina, encantada de volver a jugar a ese juego.

Durante su luna de miel, una tormenta de nieve los dejó bloqueados muchas horas en el aeropuerto de Estambul (otra ciudad donde ella no pensaba que hubiera invierno, y menos tormentas de nieve), y pasaron el rato inventando historias sobre otros viajeros. Habían pasado dos años y medio, no era tanto tiempo, pero Shirina sintió la necesidad de recordarle a Sehaj ese periodo en el que vivían sin preocupaciones.

—¿Te acuerdas de cuando subimos por fin al avión en Estambul y nos sentamos detrás de la pareja de espías de película? —le preguntó.

Los ojos de Sehaj se iluminaron al recordarlo.

—¿Aquellos que parecían estrellas de cine y no podían tener las manos quietas?

La pareja había pasado todo el vuelo besándose y abrazándose; Shirina y Sehaj pensaron que estarían de luna de miel, aunque sus caricias y suspiros en público habrían avergonzado a muchos recién casados. Después, justo antes de aterrizar, cambiaron de asiento para sentarse en distintas filas, y luego desembarcaron por separado. Shirina y Sehaj vieron que se dirigían hacia distintos mostradores en el control de pasaportes y luego se marchaban sin mirarse siquiera, la mujer camino del metro y el hombre hacia la zona de recogida de equipajes.

—Eran espías de verdad —concluyó Sehaj. Le encantaban las películas de suspense ambientadas en los tiempos de la Guerra Fría.

Shirina miró la hora, tenía que irse enseguida. La pantalla de información parpadeó con nuevos destinos y horas de embarque. Había vuelos a Berlín y Yakarta, Pretoria y Chicago: desde allí se podía ir a cualquier parte, y ese pensamiento fue como una descarga de energía para ella. Era como estar sentada otra vez delante del ordenador, viendo perfiles de hombres compatibles como si fueran ventanas a un nuevo futuro.

Shirina notó una repentina tensión en el cuerpo de Sehaj, y ella también se puso tensa. Pensó que su esposo estaba a punto de decir algo.

—Debería irme ya —dijo Shirina—. Le prometí a Jezmeen que le llevaría unas cosas del Duty Free. —Era una excusa un poco floja, ni siquiera recordaba cuándo había hablado con Jezmeen por última vez, y si su hermana necesitaba algo, seguramente no se lo pediría a ella.

—Entonces vamos —dijo Sehaj, que parecía absorto en sus pensamientos. Se levantaron y él cogió la maleta de Shirina. La familia india seguía rodeando la puerta de embarque, aunque la pareja de ancianos ya no estaba allí—. Disculpen —dijo Sehaj, pero los indios no se movieron—. Disculpen —repitió en voz más alta, aunque ellos apenas se desplazaron, estaban demasiado absortos en la conversación como para hacerle caso.

—Vamos, circulen, esto es un aeropuerto. ¡Déjennos pasar! —exclamó Sehaj, y esta vez captó su atención. Shirina le agarró la mano, pero él la retiró y se abrió paso a codazos entre la gente—. Perdonen —murmuró ella agachando la cabeza, aunque también estaba irritada por la actitud de la familia india. Aquel agradable momento con Sehaj había terminado.

Shirina abrazó a su marido confiando en disipar así su enfado, y notó que todavía estaba muy tenso.

—Lo siento, Sej —le dijo. No entendía que algunos matrimonios discutieran todo el tiempo, con lo que costaba superar incluso un conflicto como ese. Al disculparse se sintió mejor, no había hecho nada malo, pero lamentaba la situación.

Entonces Sehaj sacó algo de un bolsillo. Shirina vio que era una de las elegantes tarjetas de color crema que usaba su suegra para las notas, y reconoció su caligrafía. Al leer el nombre y la dirección, se quedó mirando a su marido.

—No puedes volver si no haces esto —dijo él, y le puso la tarjeta en la mano. Shirina no tuvo tiempo para responder porque Sehaj se giró al instante y desapareció entre la gente.